

TRENES

por Raúl Hernández Garrido

Hace tiempo, el edificio abandonado, aquél al que conduce la vía muerta, funcionaba como apeadero. Al cerrar los ojos, lo volvía a ver todo como cuando era niña: el humo emborronando con trazos grises los sembrados y el pitido largo y agudo de la locomotora quebrando la hora de la siesta. Ella entonces era una muñeca a la que vestían con mandilones de flores amarillas que olían a pan cocido y leña y que, cuando iban a ver los trenes, el hollín marcaba con caprichosos tiznes. Porque los domingos (catecismo, misa y comida en familia), cuando llegaba la tarde, era verano, salían a pasear al campo. Se juntaban los primos, todos de la misma edad... Aunque Sandra, la mayor, con ocho años y la primera comunión hecha, se creía con los mismos derechos que un adulto. Luego venían Rosita y Larita (Larita era su hermana), tan boba una como la otra; y los chicos, a los que no había más remedio que soportar: Raúl y Jaime. Y por fin ella, que sobrevivía como podía a ser la más pequeña. Tenía cinco años recién cumplidos. ¡Toda una mano extendida llena de años! Sin embargo, aún se quedaba en casa mientras los demás iban al colegio.

Con ella eran seis: Sandra, Rosita, Larita, Raúl, Jaime y ella, y los domingos por la tarde todos juntos salían de casa sin padres ni madres. Sin preocuparse por las cosas que a los mayores tanto les molestan: no revolcarse por la hierba, no ensuciar la ropa, ojo con los charcos, ni empujarse ni arañarse unos a otros, los dedos fuera de la nariz. Tía Lauri iba con ellos, cuidaba de ellos, pero tía Lauri era diferente a los otros mayores. Por ejemplo... le gustaba juntarse con los niños más que con la gente de su edad. Por ejemplo... les llamaba por sus nombres y no les reñía o les corregía constantemente. Por ejemplo... jugaba con ellos y llegaba a hacer cosas como las que sólo ellos hacían. Y por ejemplo, y finalmente... hasta a ellos llegaba a resultarles extraño aceptar que alguien, siendo *tía*, no tuviera ni *esposo* ni *marido*. Incluso, entre ellos no se ponían de acuerdo sobre si había un *novio* o no. Naturalmente, siempre alguna listilla presumía de saber más que los demás. Que había oído cosas, que juraba haber visto cosas... El qué, nunca llegaba a precisarse con exactitud. Repasaban en voz baja los nombres de aquellos del pueblo que aún no se habían casado; incluso los de algunos que sí estaban casados y hasta tenían hijos. Al fin y al cabo, quién sabe, con lo

raros que son los mayores. Pese a todos los pretendientes que le atribuían, tía Lauri no dejaba de acompañarles los domingos por la tarde en vez de ir al baile. Rosita y Larita la miraban como se mira a alguien al que la cabeza no le funciona bien del todo - *¡no querer ir al baile!* -, mientras que Sandra las miraba a ellas con pena y compasión, con el gesto distante del que ya sabe tanto, del que ya tanto ha vivido. Se había prometido a sí misma nunca caer en la debilidad de tener un novio, y mucho menos un marido, así que calladamente aplaudía la decisión de su tía.

Lauri, que a ellos les parecía tan vieja como lo eran sus padres y sus otros tíos, apenas era una muchacha. Acababa de llegar al pueblo; venía todos los años con el verano y se iba antes de que llegara el otoño, así que a los más pequeños les costó reconocerla cuando fueron a recogerla a la estación. Algunas veces oyeron hablar de la tía Lauri, que sólo aparecía por el pueblo en vacaciones, que estudiaba en la ciudad, pero para ellos era una perfecta desconocida (*¿No le das un beso a la tía, cariño?*). Los niños, al principio, la rehuían. No así las niñas, que iban tras ella esperando que les contara (como si se tratara de un aventurero que, tras errar por países lejanos, retorna a casa rebotando experiencias exóticas), esperando que les explicara, con todo detalle, *qué* era una ciudad y les enumerara sus misteriosos atractivos. No todas las niñas. A la pequeña una inesperada timidez le embargaba cada vez que tía Lauri le dirigía la palabra.

Aquel verano ocurrió que ella por primera vez entró en la estación, cuando fue con toda la familia a por tía Lauri. O por lo menos así veía ese primer momento a través de sus recuerdos. Antes, se quedaba mirando cómo el tren era devorado por aquel vientre de piedra, y le asaltaba la tentación de ir a ver a dónde iba el tren y saber qué pasaba cuando entraba en el círculo de la estación y por qué, unas veces sí, otras veces no, en vez de emerger inmediatamente y continuar su viaje, *algo* le retenía allí. Ahora, ante la gran puerta de ladrillo rojo, temblaba de excitación al saber que por fin podría desentrañar tantos misterios. Y al cruzarla y atravesar el pequeño vestíbulo, oscuro y maloliente, y trasponer la puerta que finalmente daba a las vías, el tren, que para ella siempre había sido una columna de humo y un silbido, se reveló tal y como realmente era. Primero fue el estruendo del metal haciendo temblar los muros y luego, tras los cristales rotos de la última puerta, la visión de grandes moles de hierro negro, desproporcionadas cajas superpuestas chirriando, inmensas piezas de acero golpeando

entre sí. Por entre el metal, ventanas tras las cuales asomaban, cabezas y brazos, los viajeros. Enfundados bajo mil atuendos insospechados: ropas ligeras de verano, chaquetas de lana, chaquetones de cuero, blusas estampadas, camisetas sin mangas; largos abrigos de paño azul, marrón, pardo, que llegaban a los pies, cortos y ceñidos a la cintura, tan holgados que parecían hechos para ser usados por toda una familia; cerrados con mil botones, sin botones, con un solo botón, ajustados con cinturones, cosidos por herméticas cremalleras; con bufandas que les cubrían hasta los ojos y con las camisas desabotonadas hasta el pecho por el calor; los viajeros, que se entreveían a través del vaho que empañaba los cristales de los vagones; los viajeros que, desde ciudades lejanas y frías, llenas de gente que hablaba demasiado deprisa y caminaban dándose la espalda unos a otros, se dirigían, tras afrontar viajes que podían durar semanas, a pequeños pueblos de casas sin tejado, llenos de sol y arena, poblados por inmensas mujeres de piel morena y hombres con grandes bigotes que les hacían escupir constantemente. De debajo del tren surgían nubes de vapor y chispas. Unas manos grandes y fuertes la apartaron del borde del andén .

- Ten cuidado y mira por donde vas.

El hombre se dio la vuelta y volvió a entrar en el vagón. Ella, haciéndose paso a codazos entre los viajeros, corrió a donde estaba su familia.

Su padre sostenía un par de maletas y su tío besaba a una chica alta y delgada, con el pelo recogido tras la nuca. La mujer les sonreía, ellos le sonreían. La pequeña quiso retroceder, huir y que nadie se diera cuenta de su ausencia. Pero al iniciar la escapada atrajo la atención de la recién llegada que, dedicándole de sus sonrisas la más amplia, se agachó frente a ella.

- Y tú, con lo que yo te quiero. ¿Tampoco tú te acuerdas de mí?

La mujer la levantó y la cubrió de besos. La niña estornudó. La viajera hundió su cara, larga y blanca como la luna, entre las ropas de la niña. El pelo de la mujer olía a manzanas. Con sus manos pequeñas, ella intentó en vano despegar la cabeza de la extraña de su cuerpo. Los ojos de tía Lauri la estaban mirando. Su boca volvió a brillar con una sonrisa llena de dientes de nieve. Dos besos espléndidos fueron inevitables.

* * *

Como era tarde de domingo, como todas las tardes de domingo, paseaban por los caminos que llevaban a la estación. Tras las chicas e inmediatamente detrás de Jaime y Raúl, tía Lauri y ella iban, siempre cogidas de la mano, cerrando la marcha. Tía Lauri hablaba mucho, le hablaba a ella. La niña escuchaba poniendo cara de atención, movía la cabeza para asentir o negar, intentando anticiparse a lo que su tía quería que ella hiciera. Tía Lauri, apenas una muchacha, empezó a contarle ciertas cosas que una niña no debería oír, o porque una niña no puede comprenderlas, o quizá por si acaso sí las llegara a comprender. Sus palabras eran cada vez más sentidas, su voz descendía al susurro, el quejido se intercalaba en sus silencios. De todas esas confidencias, es difícil pensar cuáles llegaron a ser comprendidas por la niña, cuáles llegaron siquiera a sus oídos antes de que el viento las robara. Pero sí ocurrió que, en el curso del verano, fue aprendiendo a mirar y descubrir, seguramente sin quererlo, cosas que un observador descuidado no hubiera advertido.

Casi inaudible, un silbido, y al fondo del paisaje un reflejo metálico.

- El tren, el tren. Viene el tren.

Los niños corrieron hacia la vía mientras el tren se demoraba antes de llegar al pueblo. Ella no podía correr tan deprisa como los otros niños y se quedaba atrás.

- Te vas a perder el tren. No lo vas a ver pasar. Te lo vas a perder otra vez.

Alzó los brazos hacia tía Lauri, pero ésta no pareció querer darse cuenta de lo que la pequeña le pedía. Protegiéndose del sol con la mano, la joven tía miraba cómo el punto luminoso se desplegaba hasta transformarse en un río resplandeciente. Sus ojos se encendieron con un brillo dorado. La niña tiró de la falda de la muchacha, pero ella no le hizo caso. Súbitamente se adelantó, haciendo que la niña perdiera el equilibrio. Pero ya no se atrevió a llamarla, y se quedó tendida en el suelo mientras todos, olvidándose de ella, se situaban al lado de las vías.

El pitido se fue haciendo más agudo a medida que el tren se acercaba.

* * *

El tren ahora era una llamada, algo que se anuncia en la distancia, una cita a la que no se debía faltar. No era domingo, era un día cualquiera entre semana, y solamente ella, de entre todos los primos, era la que acompañaba a tía Lauri en el paseo. Iban andando, cogidas de la mano, aunque a la vuelta muchas veces tía Lauri la tomaba en brazos y echaba a correr con ella a cuestas hasta llegar a casa, entre sofocos y risas. Esos días sí entraban en la estación, pero esto nadie más debía saberlo. No llegaban a los andenes, ni siquiera entraban por la puerta principal, sino que se colaban por una pequeña puerta de servicio que se disimulaba en un lateral de la fachada. Y no siempre; si veían gente en las inmediaciones de la estación, daban la vuelta. Aunque estuvieran a punto de cruzar su umbral, si alguien, conocido o no, del pueblo o forastero, asomaba tras la puerta de la estación o se veía su silueta a través de sus cristales, evitaban la estación dando un rodeo. Detrás suyo, el tren se aproximaba reclamándolas con estridencia.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar con fuerza. Su historia era demasiado vieja. Tanto tiempo había pasado que todo lo que se relacionaba con el pueblo para ella no era sino recuerdos, recuerdos. En su memoria estos se acoplaban dando la sensación de que habían transcurrido en un único verano, incluso en un tiempo menor, en menos de una semana, de tres días, o en un día en que la acción, como en una vieja película de colores gastados, se resolviera de forma precipitada. (Como mucho, dos días). Pero, organizando todo con lógica, sería difícil pensar que tantos sucesos, y con tanta disparidad en sus circunstancias, pertenecieran a un único verano. Se veía paseando al lado de Lauri tanto en días calurosos y soleados como en otros en que juntas buscaban refugio de la lluvia. Haciendo equilibrios, caminaban sobre los raíles en la noche cuajada por las estrellas y la escarcha. En otras ocasiones ella iba con un paraguas pequeño y, los pies protegidos por botas de plástico, jugaba, sin que su tía se lo reprochara, a saltar los charcos. Hubo paseos en que el frío era tan tremendo que se abrazaban una a otra, bien fuerte, para no morir congeladas, otros en que era difícil dar dos pasos sin caer abrasadas por el fuego de un viento agostador. Atravesaban grandes extensiones recubiertas de nieve y al tren le costaba deslizarse por los raíles recubiertos de hielo.

* * *

Por entonces (*entonces*, tal como lo recordaba, ese verano, el mismo de la llegada de tía Lauri, si la memoria no se burlaba de ella) una pequeña desgracia enturbió la monótona tranquilidad de la familia. Los dos niños, confiados por la libertad de que disfrutaban en el pueblo, solían desaparecer, ampliando el ámbito de sus juegos lejos de la casa. Un día, a la hora de la comida, con la mesa ya preparada, todos se dieron cuenta de que Raúl y Jaime faltaban. La última vez que alguien los vio fue antes del mediodía, y nadie sabía dónde podían estar.

En seguida salieron a buscarles, pero no tuvieron que ir muy lejos, porque se encontraron a Jaime en la calle, llorando. Entre llantos y silencios, a medias con zalamerías y a medias con amenazas, lograron arrancarle dónde estaba Raúl. Poco después le rescataron, herido y apenas consciente, del lecho seco del río. Una ambulancia tuvo que llevárselo a la capital. Apenas hubo abandonado el pueblo tras estremecerlo con el ulular de sus sirenas, cuando Jaime se escapó de entre las manos de los mayores, sin que pudieran alcanzarlo.

Mientras parte de la familia buscaba al huido, tía Lauri y los niños se quedaron en casa. Tía Lauri estaba pendiente del teléfono, por si llamaban con noticias de Raúl, y de la ventana, por si aparecían con Jaime. Las niñas, pasados los primeros nervios y tras llorar todo lo que se podía llorar, se aburrían, así que Sandra propuso jugar al escondite: tenían la casa entera para ellas. Sandra les dio la espalda y apoyándose contra una puerta empezó la cuenta atrás. Rosita y Larita se cogieron de la mano y con una risita compartida se desvanecieron más allá del final del pasillo, dejando a la pequeña abandonada a su suerte.

- ...seis, siete, nueve, diez...

La niña miraba a Sandra y no sabía si debía echarse a llorar o salir corriendo tras de Rosita y Larita. El ojo de Sandra apareció por encima de su brazo, burlándose de su víctima, esperando al veinte fatídico para arrojarse sobre ella.

- ...trece, quince, dieciocho, diecinueve, diecinueve y medio, casi veinte, veeeeeeint...

Corrió lo que le daban de si sus cortas piernas, y más aún. Había sentido la mano de Sandra rozándole la espalda, y el aliento de su boca en su oreja. Corrió porque la vida le iba en ello. Se metió por entre los dormitorios, pensó en refugiarse debajo de las camas, en el interior de los armarios, detrás de las cortinas, pero los pasos y las risas de Sandra iban recorriendo habitación tras habitación, rastreando como un perro de caza. Evitó la salita de por las tardes, utilizando un corredor que atravesaba más cuartos llenos de maletas y con ropas esparcidas por el suelo. Se internó en la parte de la casa que nadie frecuentaba, lejos de la cocina y el comedor. Un viento frío la saludó lamiéndole la cara. Pero eso no hizo que se detuviera, porque tras de sí sentía, gigantescos, los ojos y la risa de Sandra. El miedo la paralizó y pensó que lo mejor sería dejarse caer al suelo en redondo, hecha una pelota. Unas manos invisibles la sostuvieron y la empujaron, tirando de ella hacia adelante. Al final, doblando un recodo, una escalera le brindó, hacia arriba, posibilidad de escape. Cerró los ojos y no se atrevió ni a respirar hasta asegurarse de que el peligro se alejaba definitivamente. Al volver a abrirlos no veía nada, sólo oscuridad. Dejó que la vista se acostumbrara a la penumbra del desván. No es que tuviera miedo allí, pero si se alejaba de las escaleras quizá no pudiera encontrar el camino de vuelta. Se agachó entre dos cajones, ante el hueco de la escalera, con la espalda apoyada contra la pared. Allí se quedó escuchando el silencio, observando el movimiento de las sombras en las tinieblas, apretando las rodillas entre las manos entrelazadas.

* * *

Debió de quedarse dormida porque, cuando hubo abierto los ojos vio cómo a través del tragaluz se colaba, tiñendo todo de un halo mortecino, la luz de cobre del atardecer. En la penumbra, dos ojos brillaban.

- No les dirás que estoy aquí, ¿verdad?

Por la escalera subían los gritos de la casa, y por la ventana los de la calle, llamándoles primero a uno, luego al otro, luego a los dos a la vez. Una punzada de hambre le retorció el estómago y el reseco le llenaba la boca de tierra. Pero lo peor de todo era cómo se movían a su alrededor aquellos ojos.

- Jaime, ¿eres tú?

Durante un tiempo atroz no hubo respuesta.

- ¿Jaime? ¿Eres tú?

- Cállate. ¿Para qué has venido?

No debían estar allí, todos les estaban buscando. Los ojos de Jaime se perdían en la oscuridad del desván.

- Tengo miedo. Vamos abajo.

- Vete tú, si quieres.

- ¿De qué te escondes?

- No te lo puedo decir.

- ¿Por qué?

- Es un secreto.

Ella bajó la cabeza. El silencio hizo que esta vez, al otro lado del desván, fuera Jaime el que se removiera.

- Es un secreto. Júralo que es un secreto. ¿Sabes lo que es un secreto?

Tía Lauri le hizo jurar que no diría nada a nadie, que era su *secreto*. Las visitas a la estación eran algo que debía quedar entre las dos. La verdad es que hubiera preferido olvidar para siempre aquel cuartucho de la estación en el que, la puerta cerrada con llave, ella esperaba sola. Y se preguntaba si con recordar el cuarto, con recordar la estación, al jefe con la bandera roja dando entrada al monstruo de humo y metal, con volver a temblar por el recuerdo del vapor y el chillido con que la máquina se detenía en el andén; con volver a recordar a los viajeros apeándose con prisa, al hombre bajando al andén y sonriendo hacia la ventana; con volver a ver en esos recuerdos tan poco deseados la estación vacía, la rendija de cristal pintado de negro de la ventana, tras de la cual intentaba no pensar en el tiempo en que debía de pasar antes de que todos y el hombre volvieran a subir al tren, antes de que éste, con nuevo estruendo y más humo negro, continuara su camino hasta la próxima vez en que volviera a tocarle pasear con su tía; se preguntaba, al acordarse, qué iba a pasarle ahora, por mucho que ella no quisiera que esto ocurriera y buscara desesperadamente el olvido. El tren se perdía

definitivamente de su vista y entonces tía Lauri la cogía entre sus brazos y volvían corriendo a casa. De todo esto, ¿qué era un *secreto*? Si se acordaba de ello, ¿estaba *rompiendo el secreto*? Incluso ahora, cuando ya poco quedaba de aquel tiempo, se sentía tan confusa como avergonzada cuando la memoria le hacía la mala jugada de repasar todo lo que ocurrió aquel verano. Cerró los ojos pero el recuerdo no se borró de su mente.

- Es un secreto ¿vale o no vale?

- No sé lo que es un secreto.

Y salió corriendo escaleras abajo, todo el pasillo, las habitaciones desocupadas, los corredores a oscuras, los salones llenos de recuerdos muertos hasta llegar a la cocina. Allí tía Lauri la detuvo cogiéndola del brazo hasta hacerle daño.

- ¿Dónde estabas?

Ella señaló al techo. Tía Lauri levantó la cabeza y volvió a mirarla.

- ¿En el tejado?

Ella negó con la cabeza y volvió a indicar hacia arriba.

- Estabas en el desván.

No respondió, simplemente se quedó mirando cómo la boca de su tía se arrugaba en un gesto de desprecio.

- ¿Has visto a Jaime? ¿Estaba contigo?

Miró a su tía y le susurró:

- Es un secreto.

- ¿Está él en el desván?

- Es un secreto.

Por eso días después, tras de que Raúl volviera triunfante del hospital, luciendo su escayola como si fuera la armadura de un mosquetero, mientras que a Jaime ya le habían levantado el castigo, ella hubiera preferido no acompañar a su tía cuando, de nuevo, fueron a la estación. Y cuando, frente a su gran puerta, mientras el tren acudía a la cita fijada con la acostumbrada puntualidad, tía Lauri se detuvo al ver el coche de los

tíos cerrándoles el paso, supo que hubiera sido mejor no estar allí. Y cuando tía Lauri la miró, se dio cuenta de que preferiría no haber nacido. Por eso de un tirón se deshizo de su mano y, esquivando la sorpresa de sus tíos, escapó a donde nadie la pudiera alcanzar.

No le importaba que llegara la noche, lo único que debía hacer era seguir el curso de las vías y así llegaría a alcanzar el tren.

EL REY DE LOS RATONES

...cuando se presentó el desgraciado con su lamentable aspecto, la princesa se cubrió el rostro con las manos, exclamando: "fuera, fuera, asqueroso Cascanueces"...

E.T.A. Hoffman

A la luz roja Cascanueces reveló las últimas fotografías. Bien valdrían su precio, billete a billete. Primero aparecía la figura de la chica. Luego, enroscándose al de ella, el cuerpo del hombre. La imagen dudó, se resistió. Por un momento, Cascanueces temió que el rostro del hombre no se fijara, que todo el trabajo hubiera sido en vano. Sus temores se desvanecieron a medida que la imagen iba definiéndose. La impresión era perfecta.

El fajo de billetes abultaba en su pantalón. No podía apartar de su imaginación a la chica. Debía verla para pagarle por el trabajo, aprovecharía para invitarle a cenar. No era su primer trabajo juntos. Sin embargo, jamás habían cruzado más de dos palabras seguidas, fuera de las necesarias para concertar cada operación. Pensó en su pelo, moreno y corto, encrespado tanto en la cabeza como en su pubis. En sus pechos, pequeños y firmes, de pezones oscuros. Pero lo que más se le clavaba eran sus ojos, ojos tristes, que miraban a través de los cuerpos como si sólo encontraran aire. La vio moverse mientras cumplía su papel, controlando cada uno de sus músculos, cada centímetro de su piel con una meticulosa y exasperante frialdad. Tal vez lo que le sobrecogía de la chica fuera eso indefinido que ella despedía y que, recubriendo los cuerpos de las víctimas le excluía para luego retornar dentro de ella. Entonces sentía algo, no era amor, quizá tampoco deseo; algo que se revolvía en su interior mientras la fotografiaba.

Distraído, no la vio llegar y sentarse frente a él. Le pasó lo estipulado y tímidamente le hizo su proposición. Ella la rechazó, con pocas, cortantes palabras, que no daban pie a discusión. Tras sus gafas negras contó el dinero y, como había llegado, desapareció, esfumándose entre la gente. Cascanueces sentía la boca amarga.

Durante dos semanas la intranquilidad no le dejó dormir. Su cuerpo pesado le ahogaba, cubriéndole de sudor e insomnio. Se levantaba de la cama y recorría desnudo,

con paso torpe, el apartamento, demorándose en la puerta del laboratorio. Hasta que se le presentó un nuevo caso y respiró aliviado. Como era habitual, le dejó un escueto mensaje en el apartado de correos de siempre. Era todo lo necesario para que ella apareciera.

No quiso mirar el teléfono. Sonaría de un momento a otro. No quiso mirar el teléfono, tras el teléfono. Pero lo sentía como un bichejo, acechando a su espalda. Llenó otra vez el vaso de whisky para dejar pasar el tiempo. El líquido resonaba en su garganta reseca. Un buen chorro, desatascándola, llegando a su estómago como una brasa. El aparato seguía allí detrás. Tembló. El licor chorreó por los pantalones, dejándole los zapatos perdidos. El vaso se hizo añicos, se quebró, explotó contra el suelo que frenó su caída. Intentó atraparlo pero sólo cogió aire, escapándose entre sus dedos. El teléfono sonaba. Lo dejó así, cuatro, cinco timbrazos, hasta quedar de nuevo en silencio. Acarició el auricular. El vello de su mano se erizó. La retiró avergonzado. Era una auténtica garra. Mano de gorila. El teléfono volvió a sonar. No dejó transcurrir ni un timbrazo esta vez.

La maquinaria se desplegó de nuevo, precisa, infalible. Una trama de seducción fatal para el chantajeado, demoledora para el chantajista. Dentro de su escondrijo Cascanueces esperaba. En la habitación el espejo frente a la cama ocultaba el cuartucho falso, y allí el objetivo de la cámara aguardaba. El ahogo del encierro se impuso a Cascanueces. Las paredes se le echaban encima, los minutos se hacían más lentos, se detenían, retrocedían y golpeaban contra su cara sudorosa. El cuerpo y su respiración agitada espesaban el escaso aire del cubil. Necesitaba salir.

La puerta de la habitación se abrió. A través del espejo vio entrar a la pareja. Ella midiendo con pasos justos ese espacio tan conocido. Él a trompicones, corriendo a ocultarse en la oscuridad. Precipitadamente, el hombre cerró la puerta y examinó cada rincón del cuarto. Tal vez la facilidad de la conquista le hacía sospechar. Repasó la superficie de las paredes, arañándolas. Se detuvo en medio de la habitación y miró a su alrededor. Esperó un momento, y luego se dirigió directo hacia el espejo. Cascanueces retrocedió. La mano del hombre apuntaba en su dirección, casi atravesando el cristal. La chica reaccionó, sin perder un segundo más. Se le echó encima hasta que el hombre hundió la cabeza en su cuerpo, y ahí se perdió. La aplastó con su corpulencia y se agitó

entre espasmos. El juego de los cuerpos puso frenético al encerrado. La máquina no cesaba de disparar.

Bañado en la luz roja, Cascanueces dejó resbalar el carrito entre sus dedos. Las cubetas estaban preparadas. Su líquido reflejaba la luz de la bombilla. El rollo de película se le escapaba, incontrolable, haciéndole más difícil su trabajo. Desplegado de nuevo, cayó sobre la emulsión una gota de sudor. Se pasó el dorso de la mano por la frente. Garra de gorila. La gota se deslizó por la concavidad del rollo formando un surco reblandecido. Se apoyó en la mesa y su mano buscó a tientas el interruptor de la luz. Encerrados en el negativo, aquel hombre y la mujer se repetían en un tiempo muerto. Dos relámpagos rompieron la oscuridad. Ahora, bajo la luz clara del fluorescente, pudo respirar. En el suelo el carrito se enroscaba, inútil. Sin mirarlo lo cogió y lo ocultó en cualquier parte.

No hubo fotografías que entregar y cobrar, pero sí quedó con ella de nuevo. La pagó como si nada diferente de lo habitual hubiera ocurrido, poniendo el dinero de su bolsillo. Cuando llegó a la cita la chica ya estaba allí. Sentada a contraluz, pasaba las hojas de una revista. Se sentó a su lado. Ella no le saludó. Dejó el sobre en la mesa y lo empujó bajo la revista. La chica siguió hojeándola, y sin que ni él lo advirtiera, guardó el sobre en su bolso. Cerró la revista y se levantó. Entonces Cascanueces la tocó. Le agarró el brazo, deteniéndola. Y se oyó proponiéndole un nuevo trabajo.

Esta vez no habría datos previos. La mentira debía ser tan calculada como fulgurante, completamente limpia. Un lugar habitual de copas y luego dejar que las cosas fueran surgiendo. Llegó al sitio una hora antes y comenzó a emborracharse por no soportar la incertidumbre en la que se había enredado. A través del alcohol se sucedían rostros y cuerpos de hombres. Unos quedaron atrás por demasiado jóvenes, otros eran demasiado viejos. La envidia le hacía eliminar a algunos, a otros la repulsión; imposible encontrar su propio rostro en el de los otros. Cuando llegó ella, aún no sabía cómo iba a acabar aquello. Le esperaba oculta tras la cortina del vestíbulo. Tendría que confesárselo todo, romper el espejo para siempre, aunque la perdiera. Plantada ante él, le clavó la mirada. Cascanueces retiró sus ojos, irritados por el humo. La chica no hablaba, no se dirigía a él, pero le estaba pidiendo un hombre. Un hombre cualquiera al que abordar. Él sintió el impulso de quedarse frente a ella, hacerle cara. Responder a su mirada y que ella comprendiera. Pero no pudo soportar el gesto gélido con que

entreabría su boca, y señaló al azar. La muchacha se dirigió al desconocido y le sonrió. Su falda se entreabrió ante la sorpresa complacida del afortunado. El juego comenzaba. Cascanueces hundió las manos en los bolsillos.

Las luces de neón atravesaron su cerebro. La costumbre le guió a la habitación de siempre. Al abrir la puerta el espejo desde la oscuridad le devolvía su rostro. Se dejó caer sobre la cama. En el techo una telaraña rota ensuciaba una de las esquinas. Desde ahí, siguió un rastro de manchas de humedad que crecía hasta desembocar en un círculo amarillento sobre el lecho. No había llevado las sábanas a la lavandería. Cerró los ojos, apretando, hasta que le dolieron los párpados. Se quedaría así para que la luz del amanecer le diera en la cara.

El espejo esperaba.

Entre sueños escuchó un arañazo de metal contra metal. El ruido cesó, roto por unas risas al otro lado de la puerta. La cerradura volvió a rechinar y Cascanueces apenas tuvo tiempo de alisar la colcha. Dentro de la madriguera, su mayor preocupación fue sofocar el jadeo que le ahogaba. Entre sus piernas tenía la cámara. Pronto supo qué debía hacer.

Iluminado por la luz roja el carrito le abrasaba. Se lo pasaba de una mano a otra, le quemaba. Sacó contactos de todas las tomas en que ella se ofrecía a la cámara, gozándose en mirada ahuecada.

El iris se dilató y la luz llegó al fondo de la retina.

Tiró copia tras copia de aquellas imágenes que eran sólo para él. Amplió y reencuadró. No dejó escapar un detalle, sin importarle los límites de la definición, la persistencia del grano sobre la línea.

Pobló las paredes con su piel. Cubrió el techo con sus ojos detenidos. Depositó en el papel su deseo.

Eludía los relojes, hasta que agotados fueron parándose, cada uno en una hora diferente. Las persianas siempre bajadas, perdió el sentido del día y la noche, y ya sólo distinguía entre el adentro y el afuera. Por eso, temía los espejos, donde sospechaba que esa última diferencia se borraba. En su pesadilla, las puertas eran espejos insaciables.

Dejaba transcurrir los días como si fueran horas. Hasta que no podía más y, bien entrada la noche, huía por la ciudad fantasma, ignorando los semáforos, dirigiendo su coche contra las calles. Buscaba tranquilidad contemplando los escaparates iluminados, donde los maniqués afectaban poses humanas largo tiempo perdidas. Pero siempre volvía allí. Entonces corría a refugiarse en el baño, que conservaba sus paredes desnudas, o a oscuras buscaba el dormitorio y hundía la cabeza en la almohada.

En el trabajo, sobre su despacho se acumulaba el polvo, mientras que un acre olor a acetona inundaba su casa. Una película de inexactitud cubría las paredes: su cuerpo comenzaba a difuminarse entre las fotografías, solapándose tras los límites cada vez más imprecisos del papel. Las imágenes se movían, se desataban, amenazaban con inundar los resquicios de su mente. Comenzó a verlas en los sitios más insospechados, allí donde sólo tendría que encontrar el sosiego de la nada, deslizándose por el suelo, bajo las puertas. Formando un poso en el agua que bebía, inscribiéndose en las líneas de su mano. Escondiéndose tras el rostro de los maniqués.

Nunca la volvería a ver, no quería perder eso que había conseguido convertir en suyo. Su gloria y su infierno. Porque ahora eso se le escapaba volviéndose en su contra. Encargó marcos de hierro negro para contener aquellas imágenes que más le asaltaban. Así creyó que podría dominarlas.

Debía salir de allí. Se giró hacia la ventana.

AVIADORA

El cielo nos aplastaba con su vacío.

En dos semanas desde nuestra llegada el destacamento no había parado de marchar por el desierto, con el cansancio sobre nuestras espaldas y el sol siempre encima de nosotros, agujereándonos las nuca. De hinchados los pies no nos cabían ya en las botas; dentro de ellas, la arena se hacía barro sobre la piel. Nuestros ojos se perdían sin llegar a descubrir el horizonte. Era el desierto. Frente a nosotros nada, y nada absolutamente bajo lo cual poder encontrar cobijo. Mirábamos arriba, desesperando por ver alguna nube. En vano. Nada que nos protegiera del sol. Sólo alguna vez, escasa, sobre la arena aparecía una sombra. Pero en seguida su forma de flecha nos desengañaba. Y como una flecha, rápida, salía disparada entre las dunas, retumbando el aire con el bramido metálico del reactor de un caza. Cercano al nuestro había un campamento de aviación - niños bonitos, jugueteando con sus aviones mientras abajo nos chupábamos la arena, el sol, calor y sudor, toda la mierda.- Pero qué íbamos a hacer, seguíamos adelante, y no nos quejábamos, ya que, al fin y al cabo, podíamos seguir vivos. Todavía no era el infierno.

Cuando acababa el día éramos muertos, más que hombres. El tufo del uniforme nos pesaba tanto o más como el cansancio. Impregnaba cada poro de la piel, luego se metía por la nariz y la boca, hasta convertirnos en amasijos de ropa vieja. Hacíamos una pelota con el uniforme tirándolo lo más lejos posible. Como mucho nos quedábamos con la camiseta y los calzoncillos puestos. Dentro del barracón actuábamos como si no estuviéramos en el culo del mundo. Alguien sacaba una baraja y se hacía un mus, otros hablábamos entre nosotros. Pero tras dos semanas poco más había que contar y el resto de los intentos de distraernos, de engañarnos, servía para poco más. Afuera soplaba el viento, y adentro, por mucho que rascaras, el olor a desinfectante pasado, a sudor y a barro no se iba, así que la poca ropa que nos dejábamos encima acababa siendo otro uniforme. La visión de los otros se convertía en una imagen gastada. Un soldado enseñaba la foto de la novia, mientras otro alardeaba de todas las tías que había conseguido tirarse. Aún teníamos fuerzas y ganas para cosas como ésas. Yo entonces poco tenía que decir; callaba, pero no había forma de dejar oír, y empezaba a darle

vueltas una y otra vez. Pronto los recuerdos de los demás no daban más de sí, hartos de escucharlos día tras día, y las conversaciones llegaban siempre al mismo punto. No lejos de nosotros, parecía imposible, en aquel maldito desierto donde lo único que veíamos eran sargentos y lagartos, había una mujer de carne y hueso. Servía en aviación, y como no sabíamos nada más de ella la llamábamos Aviadora.

- Yo la he visto.

- ¿Y cómo es?

- Pues es... es... una mujer, coño, una mujer.

Estaba allí, y eso era lo importante. Nadie decía más de ella. Pocos la habían visto, y los que sí lo habían conseguido eludían cualquier explicación. Al oír sobre nuestras cabezas un avión nos mirábamos sin más palabras. ¿Cómo era? Joven, guapa, quizá. Intercambiábamos fantasías. Cazadora de cuero ciñéndole la cintura, pantalones bombachos, el viento recortando su silueta contra el horizonte blanco. Sueños de soldados, nada más, y la ignorancia se convertía en ansiedad. Me cubría con la sábana hasta el cuello e intentaba dormir.

Me despertaba en mitad de la noche, las sábanas a mis pies, hechas un lío. El cansancio era tal que el cuerpo me pesaba como una piedra, y no podía seguir durmiendo. Me quedaba boca arriba, los ojos abiertos en la oscuridad y privándome de echar un cigarrillo. Tampoco quería pensar, acabaría acordándome de casa, de todo lo que quería hacer cuando volviera allí, y menuda en la que estaba metido como para darle vueltas a esas cosas. Así que me distraía imaginando cosas sobre aquella mujer, hasta que se me quedaba bien metida dentro de la cabeza. Ella, entre tantos hombres, y como otro hombre más, sola. Menuda cara pondrán allá cuando lo cuente, si es que vivo para volver algún día. Desde algún lugar del barracón me llegaba un cuchicheo. Me esforzaba en ver quién podría estar hablando, y eso era lo necesario para que me venciera el sueño.

El ejército te hará hombre, dicen. Y te ponen un estropajo en la mano y un montón de cacharros delante hasta que logres sacarles brillos. En principio, no se ve la tarea muy mal. Refresca bastante y te libras de tanto desierto; además, rompes la monotonía: hacer algo con las manos le aclara a uno la cabeza.

Lo malo fue cuando volvieron mis compañeros y yo aún tenía para rato. Frotaba como un condenado luchando con la grasa, pero luego quedaba la espuma, y no había agua suficiente para acabar con ella, el calor la secaba antes de que diera tiempo a nada formando una costra dura. Uno de los soldados salió del barracón. Era casi vecino mío, así que cruzaba con él más palabras que con el resto. Me saludó y le pregunté a dónde iba.

- A dar una vuelta, ¿vienes?

Le miré no muy convencido y él hizo un gesto impreciso hacia atrás.

- ¿Al desierto?

- No, por ahí.

La cacerola estaba a medio enjabonar, y él sonrió y se dio la vuelta. Me encogí de hombros y seguí, ya faltaba poco. Por fin acabé con el último cacharro y me quedé mirando el fondo recién fregado como un bobo, hasta quedarme cegado. Había dirigido toda la brutalidad del sol contra mis ojos. Por un buen rato estuve con un agujero negro impreso bien dentro de la retina, y sólo podía ver por los lados.

A ciegas me metí en el barracón y me eché en la cama, esperando que se me pasara. Se oía apenas reconocible una vieja canción a través de una radio de onda corta. La melodía se perdía en un mar de ruidos y pitidos, dejando al fin paso a un caos ensordecedor. Poco a poco volvía la voz rancia de la cantante y la tonadilla insistía con una historia exagerada de amor y celos. Un grupo de soldados echaba una partida de cartas, cantando las apuestas a voces. Inmunes a todo, al absurdo de estar aquí, al milagro de la voz lejana que volvía a sepultarse bajo las interferencias. En falsete alguien soltó una grosería y todos rieron. Yo no le vi la gracia. Lentamente el agujero se fue rellenando con las figuras de los que me rodeaban. No salí ganando mucho con ello. Hundí la cabeza en la almohada. Aislarme, estar solo. En silencio. La mujer rompía su

alma en golpes de pasión, sin zumbidos ni voces de soldados que se interpusieran entre ella y yo. Desde muy arriba, un ronroneo metálico se levantó como un coro. Pero la canción acabó con una convulsión repentina y aquello siguió creciendo hasta disparar las alarmas. Los hombres se pegaban a las ventanas, muchos habían salido a ver qué pasaba. En la puerta apareció un sargento a medio vestir. La inflada barriga emergía bajo la camiseta sucia y los pantalones desabotonados.

- Todos afuera.

Nos echamos a reír. Los pantalones se le resbalaban piernas abajo e intentando ponérselos de nuevo casi se da en el suelo de narices. Rojo como un tomate, se recompuso y nos miró con rabia. Callamos y obedecimos, temiendo lo que nos pudiera caer encima. Afuera, todos corrían de un lado para otro. Era de película. En el cielo, un avión enemigo perseguía a uno de los nuestros. Los antiaéreos comenzaron a funcionar, tímidamente, por temor a darle al nuestro en vez de al otro. Los dos aviones cruzaron sobre los barracones rompiendo cristales. No nos queríamos perder ni pizca del espectáculo. El enemigo se había colocado justo detrás del nuestro, besando con su morro el culo de éste. Creíamos perdido a nuestro camarada pero bastaron los pocos segundos que separaban ese instante de la ráfaga de disparos siguiente para que, con un golpe rápido a la izquierda, la andanada mortífera se perdiera en el vacío. No por ello nuestro avión había escapado del peligro. El otro no estaba dispuesto a dejar perder su presa y reemprendía la caza.

- No lo hace mal para ser mujer.

Di un salto. El comentario me despertó. Era ella. Me dieron ganas de salir corriendo a por un fusil y ponerme a dar tiros al aire. Ojalá pudiera estar arriba, por lo menos compartiendo su suerte. Su avión, con un giro inesperado, alcanzó una situación más favorable.

- Vamos, ahora, dale fuerte, dispara, derríbalo.

Gritamos de júbilo anticipando el triunfo, sin pensar en el riesgo que corríamos bajo la batalla aérea. Sus ametralladoras cantaron y abrieron un reguero de fuego y humo en el fuselaje del enemigo. Debía darse por jodido. El cabrón comenzó a perder altura con un chirrido, pero nosotros no nos movimos de donde estábamos. Lanzamos las gorras en un grito de victoria cuando el avión de ella dio una vuelta a nuestro

alrededor, dejando que el enemigo se alejara en su caída fuera del campamento. Luego picó sobre él, cebándose con una nueva salva, asegurándose que no saliera de ésta. El avión derribado se estrelló más allá del horizonte, levantando una columna de llamas. Ella se perdió en el cielo negro, en dirección al campamento de aviación. Los soldados, otra vez tranquilos, comenzaron a dispersarse. Yo aún me quedé un buen rato, mirando en la dirección por donde se había alejado su avión.

Nos había traído la guerra en sus manos y ahora estábamos llenos de ganas por entrar en combate. Nos contamos la hazaña unos a otros tantas veces que la gastamos. La rutina volvió, y las marchas nos bajaron enseguida los humos. Otra vez los mismos chistes, las mismas bromas estúpidas. La Aviadora volvió a ocupar su lugar, hablábamos de ella como si nadie hubiera visto nada de aquello. Todos habían olvidado. Yo no, y bien me jodía ese silencio hipócrita. Salía del barracón y buscaba con la mirada allí donde el sol se hundía en el ocaso. Al lugar donde quedaron los restos del avión derribado por ella. Nadie parecía mínimamente interesado por ir allá, a ver. Las rutas marcadas eludían toda la zona, como una orden para apartarnos de aquello. Seguro, los de la base aérea tendrían cartas en el asunto, y habían acordonado todo aquello.

- ¿Qué haces afuera, soldado?

Una garra de gorila me zarandeó del brazo. La mirada del sargento era estupidez y brutalidad.

- ¿Estoy haciendo algo que no deba?

Me estaba partiendo el brazo. Hice sin ninguna suerte por liberarme, y mientras tanto, soporté en la cara toda la ira que aquella mole guardaba para nosotros. Cuando me soltó casi no me tenía en pie. En el barracón, los otros seguían con lo de siempre.

- ¿Crees que tendrá unas buenas tetas?

- Seguro que folla como una loba.

- A mí me gustaría irme un día de paseo con una hembra así. ¿Tú que opinas?

- ¡Qué sabréis vosotros! - les grité, aunque seguro que nadie me hizo caso. Hundiendo la cabeza en la colchoneta no quise oír nada más.

El sol abrasaba hasta abrir la piel, pero eso no nos libraba de la instrucción. Marchando sobre una pista entre la arena, rodeamos el campamento, sin alejarnos de él. La voz de mando nos hizo detener en seco, en un pedregal frente al pabellón de mando. Formamos. El sargento buscó cara por cara hasta encontrar la mía, y luego fue como si se olvidara del resto. Frente a mí, escupía sus órdenes examinado el más pequeño de mis gestos, preparado par echárseme encima a la mínima. Yo no se lo iba a poner fácil; escrupulosamente, no falté a ni una sola orden, hasta que con un cuerpo a tierra me pilló fuera de juego. Me eché al suelo de mala manera, y caí. Sentí en los dientes todo el peso del cuerpo. Tuve que tragar arena. El sargento me plantó sus botas, a punto para patearme, así que así me quedé, la mejilla pegada al suelo y un hilillo de sangre resbalando por mi nariz, haciendo barro la tierra. Y maldecir mi suerte una y otra vez, no hay más cojones que tragar, aguantar y seguir, eso es todo. Y esperar a que pasara el tiempo, jodido bajo la bota del gordo hijoputa. El viento levantó una polvareda y al retirarse dejó el chirrido de un jeep, frenando ante el pabellón del comandante. Unos pasos ligeros recorrieron el camino de grava y sentí a mis camaradas agitarse por un murmullo. Hubo quien silbó, quien incluso se levantó descaradamente. Al sargento no parecía importarle tanto alboroto, porque entonces sus ojos sólo estaban para cazarme. No pude comprobar por mí mismo la razón del alboroto: la bota sucia del gordo estaba justo en medio y no había forma de que se moviera. Pero bien sabía qué era lo que estaba pasando. Ella había venido a ver al mando, ahora estaría reunida con el comandante. Había pasado a mi lado y no la había podido ver. Pasó el tiempo. Aún tenía la esperanza de que al salir el sargento me dejara en paz. Pero su bota no se movió nada de donde estaba, a escasos milímetros de mi nariz. La puerta se abrió, y oí su voz despidiéndose y sus pasos en dirección al jeep. El motor se puso en marcha y su ruido se alejó hasta confundirse con el viento. Hundí la cara en la arena. Cuando la bota se retiró y pude levantarla, sólo me alcanzó ver la estela de arena elevándose en mitad de la nada.

Por lo menos, a la noche podría por fin recomponer la imagen de aquella mujer con lo que me contaran mis compañeros. Todos la habían visto, todos menos yo, y ahora sí que tendría de ellos una idea más definida de cómo era ella. Estaba impaciente, pero no quise empezar la conversación. No quise que supieran que yo era el único que

no la había visto. Intenté encender un cigarrillo pero no había manera de sujetar el mechero. Una mano me tendió una cerilla, farfullé un gracias. Con un cigarrillo encendía otro y ya sólo quedaban dos en la cajetilla.

- No pensé que fuera tan alta.
- Sí, parece increíble que todo ese cuerpo quepa en la carlinga de un caza.
- Pero es tan delgada...

Me volví para ver a los que hablaban, pero en seguida bajé la cabeza. Todos se pusieron a hablar. Y su imagen fue surgiendo de la oscuridad. La podía ver, y mi mano casi la tocaba cuando se convirtió en humo.

- Pequeña como una muñeca. Siempre pensé que era así de pequeña.
- Y con esas curvas... No me gustan las mujeres delgadas. En cambio ella...
- Vaya culo, ¿verdad?

No hablaban de la misma mujer. Las contradicciones siguieron acumulándose hasta que fue imposible pensar en ella. La habían visto. Claro que la habían visto. Se estaban riendo de mí. Si no, ¿dónde tenían sus ojos?

Hablaban y hablaban sin oír lo que el otro decía, mi cabeza estaba a punto de estallar. Estaba cada vez más lejos y tenía que llamarla. Me faltaba su nombre. Se lo pregunté al que antes me había pasado la cerilla. Me miró por un momento, sorprendido. Y con una sonrisa me respondió.

- Fumas como un condenado. Hablamos de la Aviadora.

Aviadora. A nadie le importaba cómo se llamara en realidad.

- Es la Aviadora, está claro.

Ella se perdía en una nube de polvo tras de la cual no se veía nada. La perseguí. Resbalé, caí. El rugido de mil ángeles me golpeó en mitad del pecho, y me hizo caer, más abajo. Me incorporé sobresaltado. En el barracón todos dormían. Un avión se alejaba en la noche.

Comencé a desconfiar de ellos hasta dejar de hablarles. Huía de su compañía y su cháchara me resultaba insoportable. Seguían con lo mismo, hablando y hablando, pero sin ver más allá de sus narices. Cada vez más lejos.

Yo me iba solo por entre el campamento y el desierto, escudriñando en vano el firmamento. Los aviones nos habían dejado en paz, quizá ocupados en maniobras de guerra. El cielo tan vacío me era cada vez más odioso. En pleno día una estrella comenzó a brillar sobre el horizonte. No pude evitar su atracción y un día mis pasos me llevaron hacia allá. Lo que era un punto de luz fue creciendo, aumentando de tamaño y tomando forma hasta hacerse reconocible como el avión que habíamos visto ser derribado, en las primeras semanas de campamento. Los alerones se replegaban sobre el cuerpo carbonizado por el choque. No completamente destrozado. Entre amasijos informes, irreconocibles, aparecía el fuselaje intacto, reluciendo al sol como un espejo. Cogí un puñado de arena y froté la superficie ennegrecida del morro hasta volverla igualmente brillante. La palma de mi mano acabó en carne viva. En la zona descubierta apareció un dos pintado en rojo y debajo el fragmento de un nombre escrito en árabe. Di la vuelta buscando la carlinga.

Me costó identificarla con aquella masa homogénea y opaca que se pegaba al metal. Hasta tal punto la destrucción se había concentrado sobre ella. Sin embargo, seguía cerrada, y pese a estar atravesada de cientos de impactos la luz no llegaba a su interior. Fui incapaz de abrirla a brazo limpio y busqué algo con qué ayudarme. Al final utilicé como palanca una barra desprendida de la estructura del aparato. Sólo logré que resbalara con un chillido. Golpeé con todas mis fuerzas el cristal, sin resultado. Volví a intentarlo con un punto de apoyo mejor.

- ¿Qué crees que vas a encontrar?

Me volví de un salto. Tras de mí se encontraba a mi compañero de barracón, de pie contra el sol. Dejé caer la barra avergonzada. Se rio.

- También a ti te gustan los paseos.

Me fui alejando, primero de espaldas, hasta que el avión se interpuso entre él y yo. Levantó la mano en lo que quizá era un gesto amistoso. No lo pensé así entonces, y me di a la fuga sin oír lo que me gritaba.

Luego sólo recuerdo que estaba en el centro del desierto y que debí de dar vueltas y vueltas hasta aparecer, sin saber cómo, en mi camastro. El sargento se plantó en mitad del pasillo y nos mira, lentamente — y me miró a mí en particular (aunque nada podía probar nada, porque aunque yo me sintiera paralizado por la culpabilidad, realmente nada había hecho). Sin decir ni una palabra, salió fuera. El cuchicheo volvió a alzarse entre nosotros.

- ¿Qué pasa?
- ¿No lo ves?

La cama estaba vacía, la manta doblada sobre el colchón desnudo. Yo había sido el último en verle, allí, en medio del desierto, ante esa cartlinga cerrada. No dije nada. Seguí callando cuando los grupos de rescate volvieron con las manos vacías.

Pero no debía detenerme. Cerré los ojos y seguí, sin importar que el sol me cegara y la arena abriera surcos mi piel. Lo que dejaba atrás no contaba ya. A veces, mis pies se hundían en un lecho seco de tierra, pero no tardaba en encontrar suelo firme donde avanzar con seguridad. El final de la loma no se veía, aunque sabía que debía continuar más allá. Me sequé la frente con la manga del uniforme. El sudor y la arena. Sobre la piel, barro.

Un clamor rompió la quietud.

Un caza descendía, dispuesto a aterrizar. Lo seguí con la vista hasta que la loma lo ocultó. Me apresuré y en seguida alcancé la cima. Me llevé la mano a los ojos. Brillante como cristal, el campamento de aviación apareció bajo mí. Desde arriba los aviones parecían poder cogerse con la mano. Uno de ellos - el que hacía un momento me había sobrevolado - maniobraba en la pista, levantando tras de sí una nube de polvo. Comencé la bajada.

Cuando llegué a la alambrada el aparato estaba completamente inmóvil. Los técnicos se apresuraban en ponerlo de nuevo a punto. Un aviador se deslizaba por los últimos tramos de la escalerilla, y con un salto ganó el suelo. Al quitarse el casco, la cabellera larga y oscura cayó sobre sus hombros. Me pegué a la alambrada entornando los ojos. El alambre señaló mi cara con un rombo que tardó días en desaparecer. Un grupo de aviadores la rodeó. Ella señaló al poniente y los demás rieron. Juntos entraron en el barracón. No me moví, colgado por las manos a la verja. Se veía luz en el barracón a través de las ventanas, a pesar de que era pleno día. Me llegaban retazos de una conversación ajena, e intenté distinguir su voz- de las otras. Había alegría en ellas - crecían hasta convertirse en risas- pero no me sentía mal por ello. Silbé una vieja canción de amor y celos. La puerta se abrió y salió ella. Protegiéndoselos ojos con la mano, miró hacia donde yo estaba. Me descolgué de la alambrada, y por no saber qué hacer encendí un cigarrillo. Cuando volví a mirar ya había desaparecido. Un soldado armado con un fusil se acercaba. Antes de que me alcanzara emprendí el regreso al campamento.

Para volver al campamento me dejé llevar por la necesidad de alejarme lo más posible del aeródromo, sin preocuparme en seguir la ruta más corta hasta mi destino. Apenas me interné en el desierto reconocí en la lejanía un parpadeo luminoso. Pese a que comenzaba a sentirme débil lo evité. La arena dio paso a una llanura pedregosa, a la que se asían, dispersos entre sí, arbustos raquíuticos. No muy lejos tendría que haber agua. Calculé que por ese camino me alejaba aún más del campamento, y aún así seguí andando. No quería volver atrás. El sol, cercano al declive, se agigantaba en el cielo tiñendo la tierra de rojo. La sed había pasado de un escozor a un dolor que me apretaba la garganta. Caminé poco más, y me puse a escarbar. Después de tanto esfuerzo, fui incapaz de llevarme a la boca el barro apenas húmedo, me limpié la mano en el pantalón y me quedé sentado con las piernas abiertas, hasta casi dormirme. Era de risa, morir así por ver a una desconocida de lejos. Pero ya no tenía fuerzas para tanto razonamiento, y me consolaba pensando que por lo menos ahora sabía que ella era real, que existía en un cuerpo, más allá de los comentarios calenturientos de un grupo de reclutas asustados. El gorgoteo del agua me despertó. No era un sueño, sonaba a agua, me incorporé y me dejé guiar por su rumor.

Sofocado por una maraña de vegetación negra, un riachuelo surgía en medio de la tierra y recorría unos metros antes de hundirse de nuevo en su interior. Sumergí la cabeza en el agua sucia sin importarme de tragar cieno, hasta sentirme otra vez entre los vivos.

¿Cómo era ella? Cerré los ojos dentro del agua. Los apreté tanto hasta que me dolió. Salí lo justo para respirar y volví a hundirme en la humedad. Mi mano rozó en el fondo del río un objeto metálico. Era una chapa con la divisa de mi destacamento, igual, a la que yo llevaba prendida en mi uniforme. La partí por la mitad, pero no a la vista no tenía ningún cadáver para dejar la identificación.

- ¿Quién va? Santo y seña. Responda. ¿Quién va?
- Déjame pasar.
- ¿Quién eres? Dame el santo y seña.
- No lo tengo.
- ¿Cómo quieres que te deje pasar? Hay órdenes.
- Sabes quién soy.
- No puedes pasar sin el santo y seña. ¿Cómo estás afuera sin permiso? Tendré que informar.
- No.
- ¿Qué dices?
- Voy a pasar.
- Está bien, pero déjame verte la cara.
- Es mejor que no lo hagas.

Nadie parecía haber advertido mi ausencia; tampoco se extrañaban de la marca que aún señalaba mi cara. Lo cierto es que nadie tenía gana alguna de hablar. Una sensación descarnada y fría flotaba entre nosotros. Si alguno intentaba una broma caía como una mancha negra sobre el ánimo de todos. Muchos, ya uniformados, aprovechaban para escribir largas cartas. A media voz, un soldado no se avergonzaba de rezar.

Cabeanegra vino a arengarnos ante nuestra próxima entrada en combate. La ofensiva por tierra era inminente. Su helicóptero cubrió el cielo y descendió como un tornado sobre nuestras cabezas. Una columna de polvo se levantó de la tierra recibéndole mientras oíamos cómo las aspas se detenían. Al retirarse apareció el General, que se dirigía hacia nosotros con largos pasos. Su desmesurada corpulencia no impedía que se manejara con una insospechada y rotunda agilidad. Nos pasó revista sin detenerse y ya en la tribuna apenas le bastó una mirada para arrancarnos una aclamación unánime. Ajustó el micrófono a su altura y con los brazos en jarras comenzó a hablar-, y otra vez resurgió el entusiasmo entre la tropa. Cabeanegra sabía cómo lograrlo. Pese a su nombre, era rubio, o eso parecía, resplandeciente su cabeza al sol. Me tapé los oídos. El sonido se descompuso en un ruido ensordecedor. Cuando cesó la voz ya no llegaba clara, iba y venía completamente desarticulada. El General decidía cortar por lo sano: echó a un lado el micrófono y se llevó las manos a la boca a modo de bocina.

- Muchachos, cuando llegue la hora que se vea que tenéis cojones.

Un aullido fue la respuesta de los soldados. Cabeanegra se mezcló entre nosotros y le estrechamos la mano. A codazos me hice paso pero cuando llegué ante él me quedé quieto. El sudor resbalaba por una cara perfectamente afeitada, sin una mácula, absolutamente limpia. El General era un niño gordo, gigantesco. Su mano apretó la mía. Era de mantequilla. Ya se había ido por los aires y yo todavía la mantenía debajo del grifo asqueado de tanta blandura.

El resto de los días la intensidad de la preparación nos mantuvo lo bastante ocupados y eso me ayudó en no pensar en nada. Las órdenes, y cuanto más duras fueran mejor, caían sobre mí y sobre todos como un alivio. Me convertí en un soldado ejemplar y mis compañeros me miraban de otra forma. No sabían que era mi forma de huir. Hasta tenía engañado al sargento, que acabó teniendo predilección por mí. Un día me llevó aparte.

- Tengo una botella por ahí guardada. Te invito a un trago.

No me gusta beber, aunque acepté el vaso de latón. Lo llenó con un líquido oscuro y maloliente, y luego se sirvió. Se llevó el vaso a los labios pero fui incapaz de beber un solo trago. El vació el suyo una y otra vez, y al final acabó bebiendo de la botella. Comenzó a contarme cosas de su vida, y yo asentía. Lo mismo hubiera dado que le hablara a una pared. Su cuerpo se aflojó.

- La guerra es una mierda. Nos toca preparar a gente tan joven para que luego caiga a la primera escaramuza - se acercó hasta ahogarme con su aliento-. Yo puedo librarte de eso-. Se incorporó y se echó hacia atrás-. Vales demasiado. Podría hacer que te quedaras de instructor hasta que pase todo. Aquí estarás seguro.

Me reí. El sonrió y se rió a carcajadas, neciamente. Me levanté y tiré el contenido del vaso en el suelo. Salí dejándole con la palabra en la boca. Afuera una tormenta levantaba nubes de arena en el desierto. El sol las atravesaba convirtiéndolas en montañas de fuego. No se oía otra cosa que el viento.

Todo estaba preparado para el combate.

Faltaban dos días para abandonar el campamento y me tocó imaginaria. No protesté, no sólo estaba dispuesto a cumplir hasta el final, sino que incluso me sentía cómodo con el castigo. Hacía más frío que nunca. No había luna, así que el desierto se encerraba en la mayor oscuridad. Me cubrí con el capote hasta el cuello y oí cómo la arena crepitaba a mi alrededor. Podía ser el único hombre que quedara sobre la tierra, y eso me tranquilizó aún más. No era mal momento para hacer balance. No tenía otra cosa que hacer. Lo que había sido mi vida hasta que entré en el ejército, lo que había pasado hasta entonces. Muchas cosas para poder contarlas, las suficientes como para comenzar a olvidar. Sólo conseguí dejarme llevar por la somnolencia.

En sueños oí unos pasos removiendo la arena. Me puse en guardia. Aferré el fusil y di el alto. Los pasos se detuvieron. Hubo un momento de silencio. Sentí aspereza en mi garganta, que dejó escapar un balbuceo. En la noche, a unos pasos frente a mí, unos ojos resplandecieron. Acaricié el gatillo,

Una voz de mujer me preguntó:

- Soldado, ¿tienes un cigarrillo?

Podría haber disparado y dejado que la ráfaga iluminara el desierto, y que su fuerza me impulsara hacia atrás. Bajé el arma. La mujer se acercó.

- Soldado, ¿no me has oído?

Revolví en mi chaqueta y saqué un pitillo. Una mano fría me rozó. Le di fuego. La llama del mechero temblaba, pero a su luz pude ver su rostro. El cigarrillo pendía de unos labios casi inexistentes. Sus ojos eran claros y fríos. Una cicatriz blanca le cruzaba la mejilla derecha. Clavó sus ojos en los míos. Dejé caer el mechero y sus pasos se alejaron en la noche.

Al día siguiente partimos al frente.

DIOS Y SANDRA EN EL DESVÁN

Dios está arriba escondido en el desván. Por la noche le oíamos removerse y nos entraba el miedo, no fuera que mamá o la abuela lo fueran a descubrir. Robábamos comida para él. Sandra era quien se la subía. Aprovechábamos la siesta, cuando los mayores se iban a trabajar y nos dejaban solos en la casa, en el cuarto, con las persianas bajadas. Afuera hacía un sol de matar y oíamos los ronquidos de la abuela, llegando desde el salón. Ahora, decíamos, y salíamos tras Sandra al pasillo. No subíamos. Sandra nos decía que no debíamos subir, que no debíamos acompañarla. No sabíamos si era porque Dios nos tenía miedo o porque a nosotros nos daría miedo verle la cara a Dios. Los domingos, en la iglesia, Flora me daba un codazo para que viera a Dios, allí colgado de la cruz. Y aunque ése era Dios, bien: no era Dios del todo. Quizá fuera Dios hace tiempo, porque yo también, en algún libro, le había visto con una larga barba blanca, sentado sobre un planeta y rodeado por las estrellas y los ángeles. También se aparece en el momento en que el cura levanta los brazos para meterse dentro del pan bendito. Entonces hay que arrodillarse, o bajar los ojos. Una vez me distraje y me dieron un coscorrón para que inclinase la cabeza. Otra vez intenté mirar disimulando. Marta me dijo que no me iba a atrever. Pero no soy gallina y miré. No lo vi, o tal vez fue que cuando miré ya había pasado todo. Tampoco hemos visto a Dios arriba en el desván. Nunca hemos subido al desván.

Por las noches me cubro con las sábanas hasta las orejas. Dejo el espacio justo para que el aire entre, no me vaya a ahogar. Pero debo estar bien tapado, hasta las orejas. No quiero que si Dios baja un día me sorprenda en lo oscuro. Por eso me subo las sábanas hasta arriba, aunque haga calor. Pedro al dormirse le da una patada a la ropa y hasta los pies le quedan al aire. Flora me mira. Te vas a ahogar. Pero yo sé que si entra Dios y tiene que llevarse a alguien se llevará a Pedro. No me importaría tanto como si se llevara a Flora. A Sandra no creo que le haga nada, porque ella sabe cómo hablar con él. Ella no debe tenerle ningún miedo. Pero a nosotros, de todos nosotros, si a alguien tiene que coger es a Pedro. A mí no me va a descubrir, porque sólo ve de mí un poco de pelo, y cuando tira de él yo no digo nada. No respiro entonces, como si yo

no estuviera dentro de la cama, y escucho sus ruidos. Un gemido ronco como la respiración de un perro, y yo intento que él no oiga mi corazón. Pedro está al lado y sé que al final le verá y se lo llevará, se lo llevará a él, yo sólo soy un poco de pelo y nada más.

Seguimos a Sandra hasta el pasillo. Ella lleva una vela en una mano y la caja de cerillas en la otra. Nosotros llevamos la comida. Caminamos a oscuras y por entre los ronquidos de la abuela, que traen el sol del salón y explotan a nuestro lado. El que peor lo lleva es el del plato con el vino (como Dios no tiene boca no puede beber de un vaso como todos). Al que le lleva el vino a Dios se le cae un poco que luego tiene que limpiar del suelo o que le mancha la ropa y hace que se ponga nervioso cuando mamá o la abuela u cualquiera de las tías huele y pregunta ¿quién ha tirado un poco de vino?. Caminamos con mucho cuidado y Sandra se impacienta y nos hace gestos con la mano y alguna vez tira de nosotros. Sandra come a veces en la mesa de los mayores, cuando alguno de los tíos no ha venido, y entonces ni siquiera mira para nosotros. Y cuando está en la mesa con nosotros hace de mayor, nos regaña y nos dice lo que hay que hacer y lo que no, quejándose siempre si no le hacemos caso y si no le obedecemos en todo lo que dice: se cree mayor. Aunque, al fin y al cabo, Sandra es la que habla con Dios.

Llegamos a la puerta del desván y levanta la mano. Nos paramos todos, agolpándonos alrededor de ella. Pedro empuja como si le pillara de sorpresa, pero ya sabemos que lo hace para tirar el vino y fastidiar al que está con el plato. Yo ya lo sé y siempre intento que no vaya detrás de mí, porque si no se tirará encima de mí para que se me caiga todo el vino y Sandra se enfadará. Sin vino de nada vale ir a ver a Dios. Pedro sabe hacerlo para nunca llevar el vino, siempre me toca a mí. Debo impedir que se ponga tras de mí. Sandra se detiene y con mucha lentitud le pasa la vela a Marta o a Flora. Abre la caja y saca una cerilla. La enciende, a la primera. Pocas veces tiene que frotar más de una vez. Yo miro cómo lo hace. Rasca con fuerza, el dedo casi apoyado en la cabeza del fósforo, parece que se va a quemar, pero nunca se quema. Yo creo que no podrá hacerlo, que no logrará encenderla o que no retirará el dedo a tiempo y miro para saber cómo hacer para encender el fuego y tener el dedo a salvo, estirado a la suficiente distancia de la llama. Miro, igual que cuando mamá o la abuela encienden la cocina o la estufa o cuando alguno de los tíos fuma. Observo cómo ponen el dedo, y la cerilla, y la caja con el rascador, y cada uno lo hace a su manera, pero algo hay en

común entre todos ellos porque siempre cada uno y todos, el dedo, la cerilla y el rascador de la caja, en todos, cada uno, según cada uno en su posición, tiran de la cerilla hacia sí y retiran el dedo, en un momento sin que nunca logre descubrir qué es eso, qué hay que mover para no quemarse y que el dedo se mantenga a salvo a la llama. Sé que es algo que Dios no podría hacer y Sandra en cambio ya sabe hacer. Quizá Dios no tenga dedos o manos, o para él eso de la cerilla sea un truco y nada más, y Él sabe cómo encender luz sin cerillas. Pero ahora Sandra enciende porque si no, no hay quien suba por las escaleras del desván. Llena de luz el pasillo y a todos y chispean los ojos húmedos y brillantes de Flora como dos carbones llenos de fuego; los dos ojos de Flora, mirando la llama que firmemente sostiene la mano de Sandra.

Sandra levanta la cerilla y deja que el fuego se deslice por toda la madera, la acerca al cabo de la vela, la enciende, y la llama se convierte en la luz de la vela, una luz menos brillante pero no tan temblorosa. La llama de la cerilla nunca sabes cuando te va a dejar a oscuras, mientras que la de la vela no tiene porqué apagarse. Por eso yo vigilo la mano de Sandra y escucho, allá arriba, el gorgoteo ansioso al que nadie quiere prestar atención.

Sandra pasa la vela a la mano izquierda y comienza a recolectar nuestras ofrendas, siguiendo un orden riguroso. Primero Marta, Flora, luego Pedro. Con un equilibrio del que ninguno de nosotros seríamos capaces, aprisiona con seguridad todo entre los antebrazos y el delantal. Finalmente, me coge con la mano derecha el plato del vino y con la rodilla empuja la puerta del desván y entra para encontrarse con Dios. La luz dibuja los peldaños de madera, perfila las arrugas y las grietas de las paredes y crea un baile de fantasmas que, jugando con la figura de Sandra, convierte su sombra en barco con las velas desplegadas, payaso, hipopótamo, bruja volando con escoba, árbol agitado por el viento. Y así hasta que, sin darnos cuenta, nos vemos otra vez rodeados por las tinieblas del pasillo, que ahora son aún más negras porque los ronquidos de la abuela no llegan y mientras tanto nos imaginamos qué es lo que podría estar pasando allí arriba, y esperamos con el corazón en un puño, sobrecogidos sin saber si será Sandra la que baje o si será eso que ahora oímos cómo sorbe el vino lo que baje en lugar de Sandra.

Cuando salimos de casa jugamos a los comandos. Con el permiso de los mayores nos perdemos entre el bosque y el río. Divididos en ejércitos luchamos entre

nosotros. Rojos contra azules o chicas contra chicos o indios contra americanos. A mí no me gusta formar parte de ningún equipo sino ir de por libre. No tener a nadie a quién obedecer, ni dar órdenes a nadie. Ni siquiera luchar contra un bando en particular, sino atacar a unos o a otros, siempre sorprendiendo, cuando menos se lo esperan. Me gusta luego perderme del juego y caminar sin más compañía, hasta la orilla del río. Colgarme las botas al cuello y meter los pies descalzos en el agua. Una día Pedro me pilló. Empezó a correr, gritando. Yo le tiraba piedras. Me castigaron entonces sin poder salir. Aproveché que nadie me vigilaba y robé una caja de cerillas. Nadie se ha dado cuenta, y no creo que me sea difícil hacerme con el cabo de una vela. Me acerco a la cama de Pedro por la noche. Espero a que se haya dormido para acercarme a su cama y mientras tanto remuevo mi lengua hasta tener la boca llena de saliva. Pongo mi cabeza sobre la suya, sin despertarle, y le cierro la nariz para que abra la boca. Entonces yo abro a la vez la mía y litros de mi saliva caen y pasan por entre sus labios abiertos. Él no se despierta. Parece saborearlo. Levanto la cabeza. Marta duerme, Flora tiene los ojos abiertos y lo ha visto todo. Le hago un gesto con el dedo sobre los labios y ella dice que sí con la cabeza. Entonces me vuelvo a mi cama y hasta la noche siguiente, otra vez, y así siete noches. Flora lo ve todo pero por el día jamás comentamos nada.

Donde nadie me pueda descubrir practico con las cerillas. Al principio tengo miedo de llegar a quemarme. Retiro el dedo demasiado pronto, sin hacer fuerza de verdad. Otras veces la cabeza de la cerilla se rompe y cae rodando bajo el armario. Abro la ventana para que nadie huelga nada. Apilo cerillas sin cabeza y cabezas sin cerilla y forman todas un buen montón. Pero aún hay más cerillas nuevas. Seguimos acompañando a Sandra hasta la puerta del desván, y desde allí ella sigue sola para encontrarse con Dios. Dios canta. Lo oigo cuando estoy a solas intentando encender las cerillas. Su canto es sin palabras, es un gemido bronco. Me detengo, dejo de respirar, Él canta su canción. Sandra no ha dicho nada. Ninguno de los demás lo ha dicho. Creo que ellos no oyen nada. Creo incluso que ellos no creen que exista Dios. Pedro dice que su padre dice que Dios no existe. Pero entonces, ¿por qué vamos a la iglesia? Pedro se encoge de hombros. Es todo un invento de los curas. Por eso dicen que Dios existe, para que siga habiendo gente que va a misa. Pero eso es una estupidez. ¿Acaso no he visto a Dios en la iglesia? ¿Acaso no le oigo todos los días removiéndose en el desván? A veces dudo de que Sandra misma crea en Dios.

Le he insistido a Sandra pero no quiere ni hacerme acaso. Lleva tres días sin subir al desván. Se escuchan los ruidos allá arriba, sobre nuestras cabezas. Pisadas nerviosas, golpes furiosos. Dios se remueve allá arriba mientras la comida se pudre acá abajo. Tengo miedo de que descubran dónde la guardo. Enciendo las cerillas, lo intento, no acabo de conseguirlo, pero creo que ya me queda poco para lograrlo. He robado más cerillas y más cabos de vela. Los demás parecen haberse olvidado de Dios. Entonces el pueblo empezó a llenarse de soldados y en las casas se hablaba en voz muy baja. De vez en cuando se oía algún llanto y a alguien que mandaba callar. Los tíos se han ido. Y con ellos Marta, Pedro, Flora. Y finalmente Sandra. Se lo pedí antes de que se fuera. Pero ella no quería oírme ya. Sólo quedamos yo y mamá y la abuela, sentada en el sillón grande del salón. Ya no ronca, mira por la ventana, cubriendo con los visillos el cristal. Mamá se retuerce las manos. Arriba el grito de Dios es cada vez más inaguantable. Me cubro los oídos con las manos, aún lo oigo. No soporto dormir a solas. Por eso mamá duerme desde hace unas noches en el cuarto, en la cama de Sandra. Abro los ojos y, sea la hora que sea, ella está con los ojos totalmente abiertos, llenos de lágrimas. Yo me escondo aún más entre las sábanas, quisiera decirle que hiciera lo mismo, pero no queda tiempo. Entonces sueño con papá.

La comida se pudre, no se puede dejar pasar más tiempo. Al principio tiraba lo que se iba estropeando y reponía lo que tiraba con comida nueva. Cada vez es más difícil conseguir comida. Yo podría pasarme sin comer para que Dios tuviera para él, pero ahora somos menos en la mesa. Nos sentamos juntos los tres en la mesa de los niños. De vez en cuando logro esconder algo entre la ropa, pero la mayor parte de las veces mamá está pendiente para que me coma todo. Yo veo cómo su plato está menos lleno de día en día, mientras que en el mío no falta de nada. Come ahora, aprovecha, me dice. ¿Qué va a pasar?, le digo. Come, come ahora, me dice. Pero ella no sabe que lo hago por todos, porque alguien tiene que contentar a Dios. Yo escucho por la noche cómo los pasos avanzan cada día un poco más. Primero bajaron tímidos la escalera del desván. Ahora lo hacen en un santiamén y poco a poco van recorriendo más pasillo. Cada vez queda menos para que llegue hasta la habitación. No tardará mucho en entrar. Miro a mamá pero ella no comprende nada. Se desespera y dice que cada vez adelgazo más. He escondido también una botella de vino.

Se cae una cerilla y yo la cojo. Mi abuela busca la cerilla para encender el fogón.

Yo la tengo entre mis manos encendida. Mi abuela me zarandea por los hombros. Mi madre levanta las manos. Yo oigo a Dios. Tengo en mi mano la cerilla encendida. No dejo que me la quiten. Llevo la comida y la dejo al pie de la escalera. Luego el plato de vino, y ahora que no está Pedro no derramo ni una gota. Y finalmente la cerilla y el cabo de la vela. A la luz de la llama el pasillo se hace más largo y me cuesta dar un paso más. La abuela grita, abriendo la boca hasta borrarse de su cara ojos, frente, pelo, todo lo que no fuera boca, boca sin dientes, sólo un agujero grande y rojo. Cubro la llama con mi mano para que el viento que sale de su boca no la apague. Lucho contra el viento, el pasillo. Arriba está Dios, removiéndose. No creo que soporte mucho más tiempo. Va a hundir el suelo del desván.

Mamá se lanza a por mí con los brazos extendidos. Quiere coger la cerilla encendida, pero yo tengo que alimentar a Dios antes de que baje por la escalera y se meta dentro de la casa. Mamá se cae y se convierte en una muñeca rusa. Dentro de mamá hay otra mamá, y dentro otra un poco más pequeña, y dentro un lamento y una lágrima. Yo le digo que lo que hago es por el bien de todos, le acaricio la cara y la dejo en el suelo. Subo al desván. Debo tener mucho cuidado porque lo estrecho de las escaleras me puede hacer perder el equilibrio. Cuando llego arriba no veo a Dios, pero oigo su respiración cansada. No tengas miedo, no debes tenerme miedo, le digo. Pero soy yo quien tiene miedo. Debo apretar las rodillas para no caer. Junto los codos al cuerpo para que no se me caiga lo que llevo para él. Rezo una oración. Padrenuestroqueestásenloscielos. Padre nuestro, padre. En los cielos, padre nuestro. Y le cierro la salida del desván poniéndome delante la puerta. Esto que he traído es para ti. Siento no haber podido venir antes. No le veo, sigo sin verle. Entonces llega como un resplandor la voz de papá, llamándome.

- Laura, Laura. - Pero ya es demasiado tarde.

Me llama

- Laura, sal de ahí. Dame eso.

Me pongo a llorar y mi mano tiembla. Todo se cae al suelo.

Dios también llora, envuelto en un manto de llamas. Me tiende la mano.